

N.º 206. Vías Romanas en Inglaterra



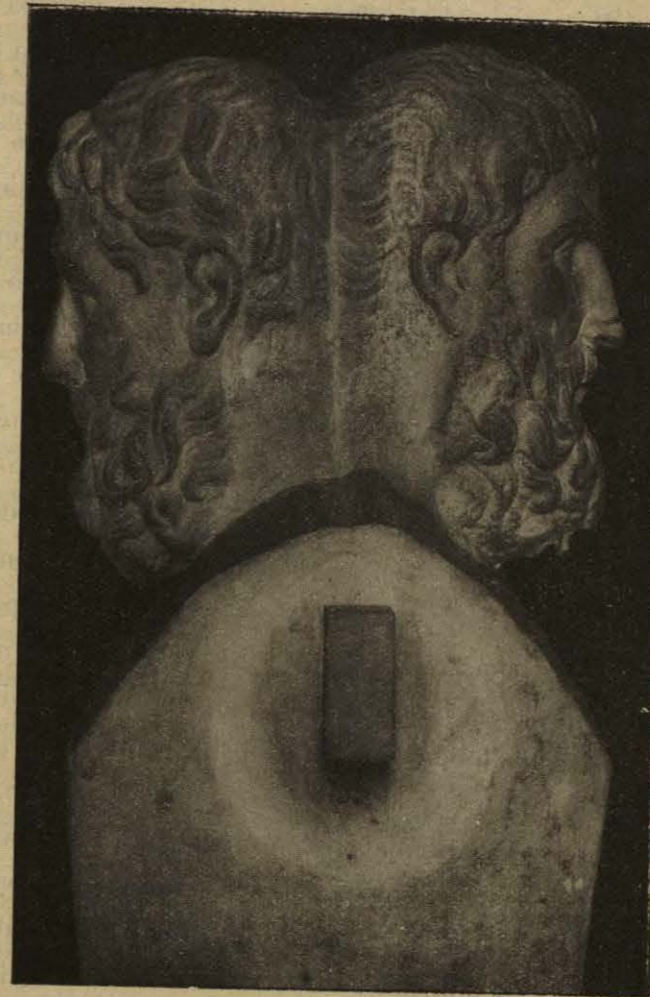
1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Las principales vías romanas de Inglaterra llevaban ciertos nombres por los cuales fueron conocidas durante toda la Edad Media. Así, según Th. Codrington (*The Roman Roads in Britain*), Watling Street conducía de Dover a Ribchester por Wall, después en Escocia por Binchester y Melrose, —Erning Street iba de Londres a Carlisle por Lincoln y York— Foss Way era el camino recto de Lincoln a la costa sud, cerca de Exeter, correspondiente, según M. Ch. Barrois, a un camino galo que terminaba en Abervrach.

En tanto que los caminos deban la unidad material, la unidad política y moral se hacía también por la accesión cada vez más nume-

rosa de las ciudades y de las provincias a los mismos derechos que Roma. La igualdad se establecía poco a poco en el Imperio. Durante el período de conquista, todas las ciudades, todas las naciones que habían acrecentado sucesivamente el conjunto de las posesiones romanas, hasta aquellas que no se habían entregado a merced, pero que habían recibido el título de aliadas, quedaban privadas a todo derecho de toda iniciativa; faltábales ya la protección de sus dioses o al menos éstos quedaban subordinados a la «majestad romana»: ayer todopoderosas, las divinidades protectoras de las ciudades perdían para siempre su auto-



Cl. Giraudon.
EPICURO Y METRODORO, FILÓSOFOS GRIEGOS
Museo del Louvre.

ridad y prestigio ante un magistrado o un procónsul que obraba en nombre de Roma. Un ciudadano designado por el Senado recibía el país en curatela: de él se hacía su cargo, su asunto personal, y en ese sentido se empleaba la palabra *provincia*¹. Provisto del *imperium*, es decir, del pleno poder, de la soberanía, ese ciudadano representaba en

¹ Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 458.

su persona todos los derechos y privilegios de la República; mandaba a la fuerza armada y hacía justicia según su única voluntad; «ninguna ley podía imponerse a él, ni la ley de los provinciales, puesto que era Romano, ni la ley romana, puesto que juzgaba a provinciales». El era la ley viviente, publicaba un edicto, formulaba un código personal a su voluntad. Sus súbditos eran extranjeros, caían en la condición del enemigo, contra el cual todo es lícito, que no era marido, ni padre, ni dueño de su propiedad; no podía ser todo eso sino por tolerancia.

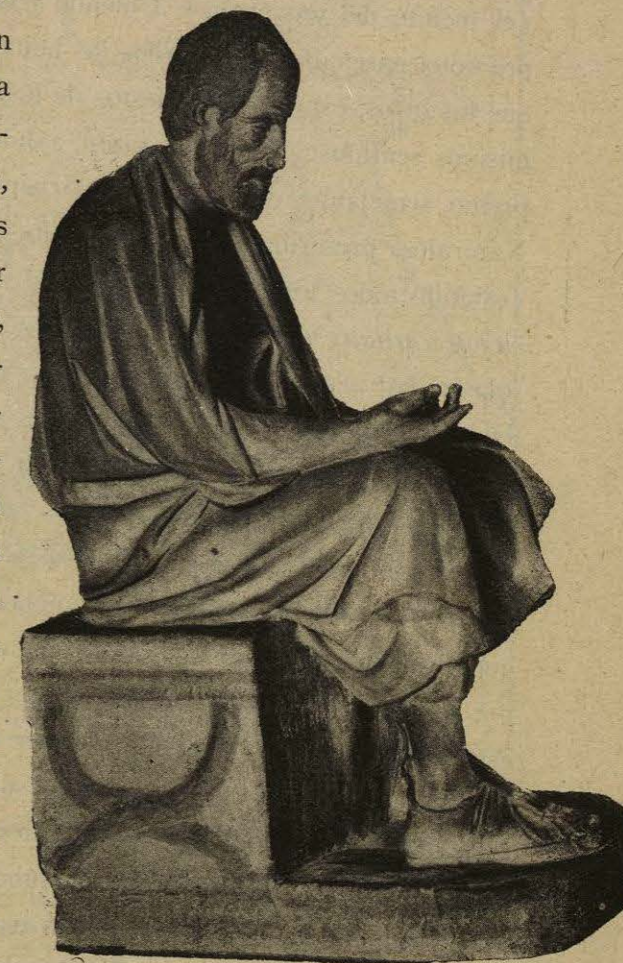
Para volver a ser hombre, para entrar virtualmente en la sociedad, el vencido no tenía, pues, más que un solo medio, una sola ambición, que le fuese abierta la entrada en la ciudad romana. Tal fué el fondo de la historia, y se vió sucesivamente funcionarios, clases, ciudades y naciones adquirir ese precioso derecho sin el cual el hombre no tenía existencia virtual. Para obtener ese resultado, se llegaba hasta venderse como esclavo a un ciudadano romano, porque la emancipación en las formas legales conducía al derecho de ciudad¹. Evidentemente, todo régimen municipal diferente del de Roma estaba condenado a perecer: toda vida real se desprendía de él para concentrarse en la gran ciudad, en previsión del día en que, en el reinado de Caracalla probablemente, todos los súbditos fueron admitidos en el número de los ciudadanos. Pero, mucho antes que él, ese resultado final era presagiado por la moral y la filosofía que dirigían los hombres superiores. El Imperio romano llegaba a la unidad; una sola ley, una sola voluntad regulaba los destinos de millones de individuos dispersados a los cuatro vientos de los cielos, desde el estuario del Solway a las cataratas del Nilo, desde los uadi marroquíes hasta la Mareótide. ¡Qué contraste entre esa concepción del «Estado, uno e indivisible», y el ideal griego, que se realizaba en la autonomía de centros independientes! Aristóteles, en una recopilación de constituciones, había descrito las instituciones políticas de lo menos 158 Estados (161, 240, 245, 250, según los diversos autores) reunidos en un espacio diez veces menor que el Imperio romano².

La enseñanza de Epicuro y la de Epicteto habían prevalecido

¹ Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 469.

² Théodore Reinach, *La République athénienne d'Aristotele*.

entre los Romanos, a quienes el régimen imperial separaba de la acción, sin que por eso quedasen menos preocupados del bien público. Jamás la alta doctrina de los estoicos fué profesada en ningún país por mayor número de pensadores ni tuvo una acción más considerable sobre la dirección moral de la sociedad. Y sin embargo, estando separados todos los hombres de valor por la sospecha de los amos, debían de encerrarse dentro de sí mismos, permanecer apartados de la sociedad activa, buscar la satisfacción de su espíritu en el mundo discreto del pensamiento, en las nobles conversaciones con otros hombres escogidos, y hasta con cierta frecuencia, cuando les era imposible vivir con dignidad, buscar tranquilamente un asilo en la muerte: la vida del estoico de Roma tenía frecuentemente el suicidio por fin lógico y casi normal; su doctrina era harto elevada para que pudiese obrar sobre un pueblo que tenía aún los vicios de la esclavitud y permanecía cuidadosamente entretenido en el parasitismo por las fiestas y las distribuciones de víveres. El estoicismo había de buscar la sombra: *umbratilia studia*, sus estudios se hacían bajo la frondosidad de los árboles. Pero su influencia no dejaba por eso de sentirse, gracias a la potencia de la verdad, al ascendiente que da a los hombres convencidos la conformidad de su conducta con su moral.



Cl. Girardon.

POSIDONIO, ESTOICO GRIEGO

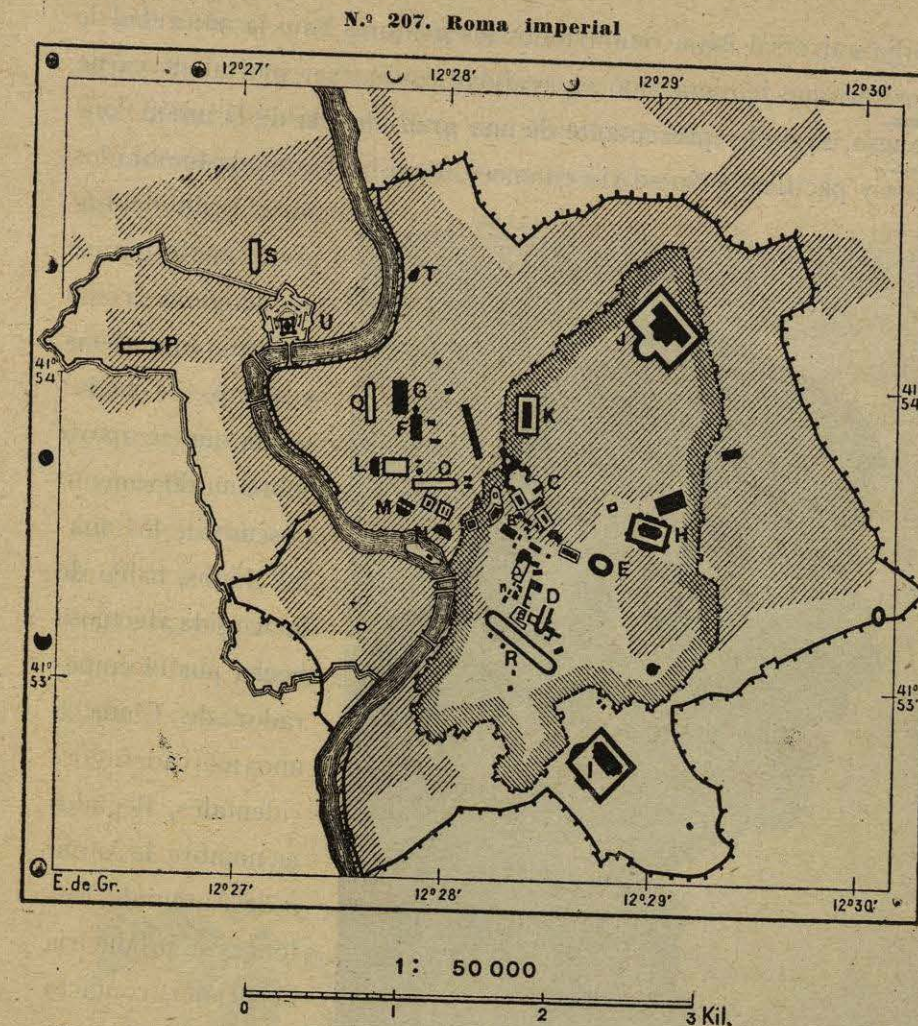
Museo del Louvre.

«No es la familia ni la ciudad la que une a los hombres, decía Zenón, es la virtud». Y los estoicos romanos tomaban el pensamiento de los estoicos griegos: Séneca no reconocía por patria sino «el recinto del universo»¹. Uniendo frecuentemente el ejemplo al precepto, enseñaban que «todos los hombres, los esclavos lo mismo que los otros, estaban compuestos de los mismos elementos, con los mismos sentidos y la misma razón, salidos del mismo principio supremo, semejantes entre sí y originariamente iguales»; dicen que la Naturaleza prescribe al hombre el deber de ayudar a su semejante, «estando todos los hombres unidos en una sociedad de amor» *societate caritatis natura conjuncti*; ven en el conjunto del mundo una sola ciudad «común a los hombres y a los dioses»; van hasta pretender que el olvido de las injurias es superior a la venganza, ese placer de los dioses, y que la dulzura y el perdón conviene a un alma generosa². Tales pensamientos, en tan absoluta discordancia con la política envidiosa y cautelosa de los amos, habían de atraer la persecución sobre los hombres que las profesaban; por otra parte, quedaban ignoradas de la masa popular, y, sin embargo, acabaron por ejercer tal ascendente moral, que se pudo asistir al extraño espectáculo de la conversión de los emperadores a la doctrina estoica: Antonino y Marco Aurelio subieron al trono del mundo. Quizá la filosofía halló adeptos tan elevados porque éstos no tenían que temer que la multitud en sus súbditos se atreviera a cogerles por la palabra y discutir con ellos la realización de todos esos bellos principios de igualdad entre los hombres. ¿No era una grandeza más para los amos divinizados esa noble condescendencia de un emperador que se rebaja de palabra hasta los hombres de infima clase confundidos entre la multitud?

A lo menos la actitud era muy digna y los Antoninos representaron bien su papel. Bajo muchos aspectos la «paz romana» es una de las grandes épocas de la humanidad, y durante los mil setecientos o mil ochocientos años que han transcurrido después, los hombres no han encontrado un ciclo de la historia que represente la misma ordenación, la misma belleza armónica en todos sus elementos

¹ Ernest Nys, *La Notion et le Rôle de l'Europe en Droit international*, p. 69.

² Cicerón, *De legibus*, I, *passim*.



El mapa señala el recinto de Roma según Servio Tulio (comp., Emplazamiento de Roma página 437), después el de Aureliano (siglo III) que está todavía casi intacto, por último, las nuevas fortificaciones de la orilla derecha, abarcando el Janículo y el Vaticano. El rayado indica la Roma moderna, que se desarrolla sobre todo hacia el Noroeste, dejando vacía una parte de la antigua Roma.

- | | |
|---|---|
| A. Capitolio. | L. Teatro de Pompeya. |
| B. Foro de la República. | M. Teatro de Balbi. |
| C. Foro de los Emperadores. | N. Teatro de Marcelo. |
| D. Palacio de los Emperadores sobre el Palatino. | O. Circo de Flaminio. |
| E. Coliseo (Anf. Flavio). | P. Circo de Nerón, reemplazado por San Pedro de Roma; el Vaticano y sus jardines se extienden al N. y al O. |
| F. Termas de Agripa y Panteón, todavía existente. | Q. Circo de Domiciano. |
| G. Termas de Nerón. | R. Gran Circo (c. Máximo). |
| H. Termas de Trajano. | S. Circo de Adriano. |
| I. Termas de Antonino, Caracalla. | T. Mausoleo de Augusto. |
| J. Termas de Diocleciano. | U. Mausoleo de Adriano, actual castillo de San Angelo. |
| K. Termas de Constantino. | |

El templo de Vesta (p. 505) se halla a la orilla del Tiber en el eje del Circo Máximo.

esenciales. Se hubiese podido creer entonces que el mundo romano se había convertido virtualmente en el mundo entero y que la con-

cordia universal iba a reunir todos los hombres bajo la autoridad de uno solo que hubiera sido en realidad, no un ser mortal de carne y hueso, sino el representante de una gran idea, la de la unión confiada y pacífica. ¿No se vió entonces reyes bárbaros, deslumbrados



Cl. Brogi.

SÉNECA, EL FILÓSOFO DE CÓRDOBA

Museo de Nápoles.

por el brillo del Imperio, pedir que se les acogiera como clientes entusiastas y adictos? Una leyenda que se apoya sobre un documento obscuro de los anales chinos, habla de la acogida afectuosa hecha por el emperador de China a unos mercaderes occidentales, llegados en nombre de Antun o de Antonino. Entonces se produciría el primer contacto entre el Occidente y el Extremo Oriente, anunciando así, como por una especie de profecía, un futuro ciclo mundial de una amplitud aun

mayor que la de ese primer imperio que se creía universal. Es, pues, natural que se repose en el estudio de la historia humana en este período tan notable en que por primera y única vez en los anales de la Humanidad, todos los pueblos participantes en la civilización común constituyeron cierto conjunto político, reconociendo las mismas leyes, mirando hacia un mismo foco de vida. Todas las fuerzas del mundo conocido se habían concentrado sobre las

«Siete Colinas», al pie de las montañas del Lacio. Una prodigiosa agrupación de energía había realizado, a lo menos en apariencia, la grande unidad mundial. Pero esa unidad ocultaba en sí los elementos de discordia y de separación nueva. Al movimiento de síntesis iba a suceder el de análisis, y de un análisis terrible por el cual las naciones habían de ser pasadas como por el crisol antes de que pudieran dirigirse de nuevo hacia el ideal de una segunda unidad. Los medios geográficos diferentes tomaron de nuevo su influencia plástica sobre sus habitantes cuando unas poblaciones bárbaras, aun no romanizadas, sin conciencia de una cultura común, fueron sometidas a su acción. La desorganización procedente de los elementos aportados del exterior vino a añadirse a la perturbación que se produjo en el interior a consecuencia del desgaste causado por el uso de los órganos, y aparecieron nuevas formaciones, que introdujeron elementos más numerosos, una mayor complejidad en el cuerpo político y social.

